

Aquí en el rinconcito del escalón de arriba*

El taxi se caía de viejo pero llegó enseguida.

Paró al pie del convento, pagó Salvador, y el gitano, que se había bajado casi en marcha a pesar de la pierna renga, aligeró su cojera por la calle del Duque, oscura, como desechada por la luna grande que llenaba el mar y el compás de Santa María con un fulgor lechoso, semejante al de un exagerado efecto escénico.

El gitano corrió sin despedirse.

—Suerte, Juan, ¡y ven a decirnos lo que sea! —levantó la voz Hernando. Luego se volvió a Salvador: —¿Qué hora es?

No lo vio mirarse la muñeca y repitió la pregunta.

—Las seis menos veinte —dijo Salvador—. No te pongas nervioso; lo que sea, será nomás. ¿Ves?... muchas cosas, no, pero todo esto de la pelona, los mexicanos sí lo llevamos bien. Bueno, no es que siempre se quiera. Pero si hay que morir, pos ándele.

Diez minutos antes, junto al mostrador de «La Parra de la Bomba», un hombre bajito y en el que apenas repararon se había acercado al gitano, que andaba tan contento como siempre, lo crispó con cuatro o cinco palabras y se quitó de en medio.

—¿Qué pasa, Juan, pasa algo? —dijo Hernando entonces.

Pero el gitano no pareció oírlo. La copa cerca de los labios, sin llegar a tocarlos, miraba fijo al interior de la casa por detrás del mostrador y de la puerta entre las repisas con botellas, miraba al enlosado viejo de baldosas blancas y negras, con el tronco aún vivo de la parra saliendo del suelo, junto a dos cajas de vino vacías, y atravesando absurdamente el techo en un rincón del gran cuarto sin un solo mueble. Miraba Juan allí como si estuviera encajando lo que acababa de decirle el hombrecillo que se fue, quizá distrayéndolo o aliviándose con la cabeza puesta, una vez

* De próxima publicación en la colección *Lav patsgoré* (Palabras de bolsillo) de la *Biblioteca de Temas Gitanos y Afines*. Editorial *Presencia Gitana*. Madrid.

más, en cuanto se había visto y oído allí dentro cincuenta o sesenta años atrás, cuando el cuarto grande, embaldosado y sombrío, era un patio cubierto por la parra y con macetas que se retiraban si la reunión era muy numerosa. Un lugar donde, nada más que en una sola noche, se habían sentado juntos cinco de los seis mitos del cante de Sevilla, Cádiz y Jerez.

Hernando no esperaba ya una contestación a su pregunta pero, sin mirarlo ni moverse, el gitano movió los labios.

—Mi madre, que está muy malamente —dijo—. Ese que vino no sabe qué pasó, sino que se ha puesto tan malamente que se está yendo. Ya estaba ella con el corazón pumpún pumpún.

Dejó su copa en el cansado mostrador y se encaminó a la calle por el tabernón casi vacío.

—No —dijo Hernando—. Te llevamos, y a ver qué ha pasado. Ahora mismo un taxi, que siempre hay alguno ahí delante del teatro.

Juan asintió con la cabeza, agradeciendo.

Se sentó junto al taxista y nadie habló nada por todo el camino.

Hernando, tú es que sabes decir las cosas bonito y, lo que es hablar, yo me escucho siempre feo, con esta voz ronca. Y la risa lo mismo, ronca. Y cuando canto, lo mismo, yo no sé ni por qué canto. Porque me gusta y porque la ronquera no tiene na que ver con el cante, fuera aparte que me estropee algunas veces lo que estoy diciendo. Algunas veces me lo echa a perder, ya puedo decir lo que diga y que el arte me coma: ronco. Ronco y cojo. Pero bailando, no, ¿a que no? Ronco, eso siempre. Aunque no fumara. Hasta cuando llamé a mi Juani en un sueño que tuve la otra noche, uh: esa carta que venía ya rota. Estaba delante' mi puerta la carta, quieta en el aire sin que nadie la sujetara y sin caerse, y con un pico así rajao por encima del sello y por atrás, como si el cartero o alguien la hubiera roto de un jalón. Y por el roto ese de la carta se estaba saliendo el baile. Se esparramaba o se caía al suelo, yo qué sé, y yo no podía recogerlo y arrejuntarlo. Que no podía, oye. Le digo a mi hija Juana la chica: ¡Juani, tráete el cogedó!, y lo trajo y se agachó al suelo, pero ella tampoco podía cogerlo y el baile seguía saliéndose por el roto de la carta que, el que no se iba malamente, se echaba a perder. Me despierto, me siento en la cama y digo pa mí: pero bueno, esto cómo va a ser, ¿el baile por soleá o por bulería o por alegrías cómo van a venir en una carta y me se van a caer? Ya ni me puedo acordar bien de cómo lo había visto lo de la carta, pero que lo vi, eso más fijo que Dios, Hernando. Y luego lo sentía en lugar de verlo, era mucha majestá de carta, y si el que llega a verlo eres tú, que eres poeta, escribes una cosa pa matarse de buena. Yo lo que puedo eso es bailarlo, ahora me se está ocurriendo. Eso sí: bailarlo. Eso lo tengo que hacer yo. A ver cómo lo meto

eso en baile. Saliéndose el baile de la carta rota (que la carta soy yo también) y arruinándose según sale hasta que llego, que la manera de que no se arruine es bailándolo, ¡jeje! Tiene que ser triste al principio. Seguiriya o soleá, y así como aplomao el baile. Luego no, luego por alegrías. Sin rematar con bulería, que eso está ya muy visto. Sino rematando con lo mismo, tiene que ser con una alegría porque al final, bailando, yo le he sacao del cuerpo la ruina al baile. Ssss, no. Vino no quiero más, Hernando. Aquí en La Parra'la Bomba ni hace falta beber; miras allí pa'l tronco gordo con el talento de la inteligencia y te das cuenta de lo que era esto en tiempos, cuando se sentaron ahí una noche El Mellizo y Chacón y las dos Pastoras y Manuel Torre. Te lo figuras, vuelves la cara y ves los cinco o seis coches de caballo quietos en la puerta uno atrás de otro a las sei'la mañana.

Desde las murallas a espaldas de la Cárcel Vieja, empinadas y altas sobre el agua, llegaba algún golpe, algún eco de la marea, tan crecida esa noche como el novilunio, y frente al convento y la puerta de la sacristía, junto a la capilla del hombre de madera armenio, el Cristo de los Siglos, fue donde el taxi dio la vuelta para irse.

Justo enfrente salía la calle del Duque, corta y dejada por el claror lunar, como un tajo de sombra con unas legañas de luz amarilla, dos o tres faroles polvorientos entre su mitad y su final, el tramo por donde Hernando y Salvador el de México habían visto cojear y perderse a Juan Faraco.

Salvador era músico. Llevaba seis días en España y, de ellos, los cuatro últimos allí, sugestionado por la ciudad donde nació su padre y de la que le había oído hablar desde chico, visitándolo todo o yendo a conocer a sus parientes. Hernando, a quien Salvador venía viendo más, no era uno de ellos, sino amigo de un primo del mexicano, también del grupo de poetas jóvenes. Y, la misma tarde antes, había tenido lugar el episodio del tabaco picado.

Convidado por un tío de la criatura, Hernando se permitió llevar al mexicano a la celebración de un bautizo en la calle Sacramento, ya que se aseguraba que iba a ir por allí Aurelio, un añejo rey de los cantaores y el mayor heredero de los estilos del Mellizo y de Paquirri El Guanté. En la casa del festejo, un primer piso rehecho sin gracia, filas de sillas contra las paredes esperaban a los invitados, y Hernando instruyó al mexicano en la puerta:

—Salvador, por aquí por Andalucía no hay urogallos, pero hay artistas flamencos como esos pájaros, que al menor tiemble ya no cantan o echan a volar. Una palma a destiempo, un ole que encaje torpe, cualquier cosa puede cortar el cante. O hasta que haya algún extranjero. Como ni pareces

un turis ni lo eres, no tienes más que hacer lo que se haga y hablar poco, por lo del acento. Creo que ese hombre es bastante especial, que es muy suyo.

Hernando tampoco había visto todavía al ya legendario Aurelio, que no cantaba en teatros ni en espectáculos, y se lo figuraba atendido siempre, día o noche, por un pequeño séquito de sus devotos. Pero cuando, hacia las seis de la tarde, apareció Aurelio solo, su aspecto sorprendió a Hernando y lo impresionó justo en el sentido de no causarle la menor impresión. Hernando esperaba ver un personaje emblemático, en el tipo gitano de su amigo Juan Faraco el bailaor, delgado como una caña y con ojos de negro pedernal acuoso, un flamenco a la antigua, como diseñado por Doré o por Lorca. Pero el recién llegado, payo sin asomo de gitano, regordete, bien maduro y de atuendo enteramente burgués, más bien parecía un tranquilo, un próspero almacenero o mercero que, sin dejar de hablar con el anfitrión ni quitarse unas gafas de sol, se sentó junto a un hombre atezado. Lejos de ellos, salida no se sabía de dónde ni en qué momento, una guitarra era remirada y sobada por dos muchachos tan jóvenes como Hernando, y el hombre moreno alzó la voz un tanto malhumorado para decirles que la guardasen.

Pero algo había cambiado en la reunión al sentarse Aurelio. Se venía comentando ya que lo más probable era que no cantase y, aun sin nada parecido a una expectación tendente a presionarlo para que lo hiciera, dejaron de verse y oírse los cuatro o cinco niños en alboroto y carreras por el piso, cambió el tono de las chácharas que hacían de él una pajarera, y una especie de discreto y reposado aguardo pareció sustituir al jolgorio familiar reinante. Al rato, nadie estaba en pie y la guitarra andaba en brazos del hombre atezado que se sentaba junto a Aurelio y que, mientras le hablaba a otros más que a él, le puso la cejilla muy morosamente y le ajustó los trastes con una indiferencia incluso rozada de fastidio. Desde el corredor, el anfitrión pasó ante los sentados con una botella de vino fino y, después de hacerlo Hernando, Salvador el mexicano le adelantó en silencio su copa, que le fue llenada. Lo agradeció con la cabeza, pero a seguido, sin saber qué era aquella maldita cosa que se le tendía de improviso, miró para otro lado tratando de esquivar el ofrecimiento de una mujer gallarda y de cierta edad que, tras el de la botella, venía abriéndole a los varones una caja grande de nácar con tabaco negro de picadura. Delante ya de Salvador, la mujer no vio o no entendió, sin embargo, el rechazo de aquel hombre menudo, callado, y volvió a ponerle el tabaco bajo los ojos para que se sirviese. En un rincón de la caja nacarada, el librillo de papel de fumar, cerrado y pendiente de estreno, nada le dijo al mexicano, que ni fumaba ni había visto nunca la picadura de liar, sino puros y pitillos ya hechos, de modo que, tomándola en su azoramiento por alguna rara

golosina española, sin que Hernando tuviera tiempo de hacer algo y justo para no llamar la atención, alargó una mano, pilló con cuatro dedos un buen pellizco de tabaco picado y se lo metió en la boca con tal naturalidad que la mujer de la caja, al seguir, sólo amagó mordisquearse el labio, como quien ha visto algo raro pero no demasiado raro.

Yendo y viniendo ahora junto a él por el compás lunecido de Santa María, Hernando rememoraba para sí, con admiración afectuosa, el aguante y la habilidad del mexicano, quien no llegó en ese trago tabaquero a toser ni a alterarse, y supo trasladar a su pañuelo el pésimo bocado en dos disimuladas y tranquilas mudanzas mientras, cuatro sillas más allá, empezaba la guitarra a desperezarse con no menos demoras y requilorios que su tocador empleara en prepararla, hasta que sus falsetas y rasgueos crecientes, entre la gradual atención de la concurrencia, fueron instando y dando paso al cante de Aurelio. En una voz oscura y sumamente atractiva, sabia, el maestro dio un recital como para cumplir sin mayor esfuerzo con la tarde y con la ocasión: cuarto de hora o veinte minutos en dos tandas de bulerías, precedidas por un solo largo y mediocre del guitarrista, y el cierre de unos tangos muy flamencos. Todo, brevedades sueltas, redondas sin embargo y puras, como monedas antiguas bien cuidadas y sacadas a muestra unos momentos, a lo justo para no defraudar.

Ahora, más allá del resplandor lunar volcado en la plazuela, alguien venía por la oscuridad de la calle del Duque. De momento, un rumor, que enseguida fueron pasos. Pasos del espaciado, cojo taconear de Juan Faraco... ¿ni diez minutos y de vuelta ya, o acaso a contar lo peor, a desahogarlo?

Era Juan, sí. Lo entreveían volver hacia ellos calle arriba, flaco, sonriente y serio a la vez y, lo mismo que siempre, como brotado del hondón del tiempo, desde vientos y soles y llanuras perdidas, con humachos de hoguera y caravana en la cara. Venía diciendo que no con una mano en alto y también con la cabeza, desesperada o vehemente.

Cerca ya, cuando Hernando y el mexicano se adelantaban desconcertados a recibirlo, reforzaron su negación un castañetazo de los dedos y la voz ronca, en desparramo:

—¡No!

En cuanto cambia el tiempo me duele y, si van a entrar temporales o un frío grande, me duele bastante, lo que es que ya estoy hecho. Te voy a contar cómo pasó. Lola y Caracol me llevaban en su compañía, que de aquí de Cadi iban también El Chino y El Beni, pero El Beni de bailaor, no era un cantaor como ahora; bueno, él siempre ha hecho las dos cosas con una gracia y tiene un arte, sino que cantando remeda mucho a Caracol. Mucho. Entonces, cuando estaba yo bien y ganándolo, recién casao con Jua-

na, tuve que hacer la mili y me mandaron a Marruecos, fijate que te estoy hablando de hace un puñao de tiempo. Qué bonito Marruecos, qué brujerío, y a casi ninguno de los que mandaron conmigo le gustaba, la gente qué sabe. En los cuarteles me conocieron y el capitán Ristori mandaba por mí pa irnos de juerga a Tetuán y a Ceuta, yo lo quería mucho y él a mí también, eso pasó como contigo, en cuanto nos conocimos, que dijo él asín fuerte a lo primero estando yo firme en la fila en el patio: ¿y este tizón quién es, este gitano negro del carajo, no es el que baila? Un arte de hombre, aunque él fuera de los militares, y mucha afición a lo puro. Y dos o tres moros de dinero y amigos suyos, que se asomaron a las fiestas nuestras, se meaban con el flamenco, alguno con las lágrimas por la cara, oye. Estaba ya por allí por Ceuta Juan el Africano, muy jovencillo y tocando la guitarra ya. Y allí en una boda de los moros, en Chauen, vi cantes y bailes de ellos y metí en mi baile alguna cosita y algún momento de los suyos, poco porque es que los vi esos bailes más de mujer que de hombre, por lo menos los que yo vi; en cambio en una película vi otro baile de los moros enteramente de hombre, pero con muchos saltos, demasiaos. Una madrugada, con el vino, volcó la camioneta el chofo al salir de Tetuán, me caí p'afuera y me cayó en lo alto la camioneta y me se partió la cadera, el capitán no iba. Abrí los ojos en el hospité y ya tenía la falta, pero no lo supe bien hasta que no me levanto y echo a andar y digo: «¿Esto qué es, cojo yo? ¿Yo? ¿No podía ser otra cosa aunque fuera más mala?», que cuando vino el capitán Ristori me dio un abrazo y nos echamos a llorar como dos chiquillos. Al ser más joven no te das cuenta bien de la vida, y yo me quería quitar de la cabeza lo que me pasaba acordándome de lo que estaba viendo cuando la camioneta volcó, que eso a mí no me se va a olvidar porque eso fue lo último que vi con la cadera buena y no rota, que la operación no me la puso bien: estaba viendo una cuesta con tunas, y las casitas de los moros atrás, y unos cuantos moros que volvían del campo por nuestro mismo carril y cuando vieron que se iban a cruzar con una camioneta del ejército no sabían adonde esconder o echar muchos conejos y liebres y pájaros perdí, venían de cazarlos, que no los dejaban, y se creerían que se la íbamos a quitar la cacería y a hacerles algo; algunos, juuún, hasta revoleando los montones de conejos muertos por las cuestas y por atrás de las tunas. Entonces dice el chofo ay ay ay, y ya me tiró el vuelco p'afuera y antes de darme cuenta ya estaba yo con la camioneta encima, las ruedas dando vueltas en el aire, y, aun doliéndome, entonces casi no me dolió, sino después, la que me entró a mí cuando me movieron y luego en el hospité. Y después de operarme me dicen que no tenía arreglo, me callé por no quedar de mal educao, pero diciendo yo pa mí: «No, no: irse a la mierda, yo soy bailaor y un bailaor cómo va a ser un cojo, no, el baile cómo voy yo a perderlo